

Predicación Luis Miguel do Santos | Retiro Nehemías 2026

La transformación interna como base de la vida cristiana

La vida cristiana implica un proceso continuo de transformación. La oración inicial expresa el deseo de que Dios continúe transformando las vidas para que su carácter sea cada vez más evidente que el carácter humano. Los frutos producidos por el Espíritu Santo deben convertirse en una evidencia de que Dios ocupa el centro de la vida de cada persona.

El cambio forma parte de la vida y es una necesidad continua. Aunque normalmente se relaciona con modificaciones externas, como cambiar de tareas, lugares, ciudades o países, estos cambios deben estar acompañados de inteligencia y flexibilidad para permitir que Dios pueda obrar. Los cambios externos pueden observarse fácilmente, pero los más valiosos son aquellos que permanecen porque han sido precedidos por una transformación interior.

La obra del Espíritu Santo en la salvación y el cambio

Tito 3:3-5 recuerda que las personas vivían anteriormente en la insensatez, la rebeldía, la esclavitud de las pasiones y la maldad. Sin embargo, fueron salvadas por la bondad, el amor y la misericordia de Dios, y no por sus propias obras. La salvación y el cambio tienen lugar mediante el lavamiento que permite nacer de nuevo y mediante la renovación del Espíritu Santo.

Por eso, todo cambio genuino en la vida debe ser producido por el Espíritu Santo. Dios hace cosas nuevas y llama a no vivir mirando continuamente las cosas pasadas. Esto requiere también un ejercicio de introspección, porque la transformación comienza en lo profundo de la persona.

Crecer con raíces profundas

La introspección permite profundizar las raíces. La imagen del árbol ayuda a comprender esta realidad: un árbol con raíces superficiales es más vulnerable cuando llegan las tormentas. Del mismo modo, las personas necesitan estar bien fundamentadas para permanecer firmes.

Para que un árbol pueda crecer, desarrollar sus ramas y manifestar la gracia de Dios, necesita estar bien establecido y alineado con el diseño establecido para el ministerio y la obra. El objetivo es continuar creciendo y cambiando sin alterar los planos originales ni perder la esencia.

La iglesia de Corinto y la importancia de mantener el propósito

La iglesia de Corinto se encontraba en un entorno cosmopolita y próspero. Aunque existía un tiempo de gracia para predicar el evangelio, también surgían diferentes opiniones que debían distinguirse de aquello que era fundamental, esencial y verdaderamente transformador.

La iglesia tenía un gran potencial y numerosos dones, pero sufría divisiones porque algunos de sus miembros se identificaban con diferentes líderes. Pablo abordó cuestiones relacionadas con las opiniones divididas, la santidad, el amor como fundamento y la misión, llevando finalmente la mirada hacia la esperanza de la resurrección con Cristo.

Fidelidad al diseño original de Dios

El cambio continuo es necesario, pero no puede consistir en transformaciones superficiales ni en vivir únicamente del recuerdo de las batallas pasadas. Cuando el corazón está enfocado en el Señor y se permite que Él transforme la vida, incluso las situaciones adversas pueden ser utilizadas para extraer lo mejor.

La importancia de permanecer fieles al diseño original puede entenderse mediante la imagen de una construcción. Si un grupo de constructores ignora los planos del arquitecto para introducir sus propias opiniones, puede modificar poco a poco la estructura hasta alterar el propósito inicial de la obra.

Eliminar una columna para ampliar un salón o sustituir materiales costosos por otros más económicos puede parecer razonable de manera aislada. Sin embargo, cuando se acumulan modificaciones personales, el resultado puede terminar siendo muy diferente de aquello que había sido proyectado originalmente.

Pablo se describe en su carta a los Corintios como un perito arquitecto que puso el fundamento, y ese fundamento es Jesucristo. Cada persona debe tener cuidado de cómo edifica sobre ese cimiento, porque quienes sirven a Cristo son considerados cooperadores de Él y deben seguir el diseño establecido por el arquitecto divino.

Transformar el corazón antes que las estructuras

Los cambios necesarios no deben alterar la estructura fundamental. La prioridad debe estar en la transformación personal, de manera que el carácter del Señor pueda

manifestarse en la vida y esta se convierta en un olor fragante.

Cada persona posee un llamado y una gracia específica otorgada por Dios. Esa gracia debe vivirse mediante el amor, la misericordia, la compasión y el servicio a los demás. Por eso, es necesario transformar el corazón y la manera de percibir las cosas, permitiendo que el Espíritu Santo guíe las reacciones personales en lugar de que estas estén determinadas por conceptos propios.

Los horarios, las tecnologías, las estrategias y los métodos pueden adaptarse, pero los fundamentos de la fe no pueden ser alterados. El crecimiento y la estabilidad dependen de estar bien fundamentados, dedicando tiempo a construir hacia abajo, en aquello que no es visible, para fortalecer lo que finalmente se manifiesta hacia el exterior.

Dios no solo tiene interés en lo que se edifica, sino también en la calidad de los materiales utilizados durante el proceso de construcción.

La calidad de la obra y las motivaciones del corazón

La historia de un constructor con casi cincuenta años de trayectoria sirve como advertencia. Tras la jubilación de su jefe, recibió el encargo de construir un chalet siguiendo un presupuesto y un diseño específicos. Motivado por el deseo de ser valorado y demostrar su capacidad de gestión, decidió reducir gastos utilizando materiales de menor calidad en determinadas áreas, aunque mantuvo una buena apariencia externa.

Cuando el dueño regresó, entregó las llaves del chalet al constructor como reconocimiento por sus años de fidelidad. El esfuerzo por ahorrar en la calidad de los materiales terminó

siendo contraproducente para el propio constructor.

Esta historia refleja la tendencia humana a buscar valoración externa en lugar de comprender la identidad que se tiene en Cristo Jesús. La apariencia puede mantenerse, pero Dios mira también aquello que se encuentra en el interior y la calidad con la que se está edificando.

Métodos y estrategias al servicio de la esencia espiritual

El trabajo interno y la profundización espiritual deben tener prioridad sobre la simple exhibición de resultados. El crecimiento real depende de las raíces y del tronco del árbol, no solamente de sus ramas.

No todos los métodos o acciones que parecen funcionar son necesariamente edificantes. Como señalaba Pablo, aunque todo sea lícito, no todo conviene ni todo edifica. Por eso, es necesario evitar la superficialidad y el deseo de aparentar lo que no se es, permitiendo que Dios realice la transformación y edificación que ha planeado.

Las estrategias y herramientas utilizadas en el ministerio deben ser consideradas como utilitarios y no como elementos que dominen a las personas o se conviertan en ídolos. Los resultados obtenidos deben entenderse como una bendición que procede de la transformación interior del corazón y no como el objetivo principal.

Los pilares del ministerio y la comunión fraternal

El ministerio debe fundamentarse en cuatro pilares, dando prioridad al evangelismo y al discipulado, mientras que la obra social y la economía del reino aparecen como

consecuencias de ese fundamento.

También es fundamental mantener la ternura y el buen trato hacia las personas, evitando convertirlas en simples números. La comunión entre los creyentes permite que se produzcan cambios mutuos y que cada persona contribuya al crecimiento de los demás.

La búsqueda de la excelencia en el servicio a Dios tampoco debe convertirse en una competencia. Se trata de un esfuerzo conjunto para servir mejor y alcanzar vidas. Frente a esto, debe evitarse la actitud del “jarrón chino”, utilizada para describir a quien busca impresionar a los demás en lugar de permitir que Dios transforme su interior.

La madurez en el cuerpo de Cristo

Efesios 4:15-16 presenta al cuerpo de Cristo creciendo cuando cada miembro, unido y concertado, realiza su actividad propia y contribuye a la edificación mutua en amor.

La madurez consiste en reconocer que todos forman parte de un mismo cuerpo y que cada persona tiene una función y una gracia específica para un tiempo determinado. Dios realiza cambios de manera oportuna para favorecer el crecimiento y la edificación del cuerpo, porque lo que afecta a un miembro termina afectando a la totalidad.

Por eso, es necesario adoptar una actitud de apoyo mutuo y no dejar a nadie atrás, guiados por el corazón de Cristo y no únicamente por afinidades ministeriales. Los recursos del Señor son inagotables para restaurar y sanar a los heridos, permitiendo que el amor gobierne los dones y los procesos de cambio.

Los cambios que Dios propone tienen como finalidad la bendición, el crecimiento y la transformación, superando la rigidez que las personas pueden mostrar ante las

modificaciones.

El amor como esencia de la transformación divina

El amor es la esencia y el material principal de la edificación divina. Su importancia está por encima de cualquier otra capacidad, incluso de hablar lenguas angélicas.

Las transformaciones geográficas o ministeriales son operadas por Dios a través de su amor, un amor sufrido, benigno, que no envidia y no busca lo propio. Este amor debe gobernar todas las áreas de la vida y del ministerio.

Según 1 Corintios 13:13, la fe, la esperanza y el amor permanecen, pero el mayor de ellos es el amor. Por eso, aunque los métodos, las estrategias y las estructuras puedan ajustarse, el amor de Dios debe permanecer como la esencia constante que guía la vida y evita que el protagonismo personal ocupe el lugar que corresponde al Señor.

La inmutabilidad de los principios divinos

Éxodo 30:34-35 presenta las instrucciones dadas a Moisés para elaborar un incienso perfumado compuesto por diferentes especies aromáticas en cantidades iguales. Esta imagen representa la importancia de una mezcla pura, santa y equilibrada.

La elaboración de un perfume requiere seguir una fórmula determinada, con ingredientes y proporciones concretas. El perfumista no tiene autoridad para alterar los elementos de esa fórmula. Del mismo modo, en el reino de Dios los principios no pueden modificarse, porque Dios y su palabra permanecen inmutables.

Es posible renovar la apariencia externa o cambiar el frasco, pero la esencia original de la fragancia debe permanecer. El propósito es que quienes se acerquen puedan percibir la fragancia de Cristo y no simplemente las características personales de quien la transmite.

La fragancia de Cristo en la vida del creyente

El amor actúa como detonante de los cambios en la vida y permite desarrollar flexibilidad a medida que se experimenta el amor de Dios y de los hermanos. Este amor no debe confundirse únicamente con las emociones personales. Es necesario eliminar prejuicios y complejos para permitir que la Palabra de Dios transforme la vida.

También es necesario reflexionar sobre aquello que se está transmitiendo al entorno. La pregunta es si la vida desprende amor, misericordia, servicio y humildad.

El ejemplo de Abraham y Lot muestra la importancia de ceder el paso y de no tener un concepto de uno mismo más alto de lo debido. Mantener una actitud humilde incluso en momentos de tensión permite que el Señor actúe en lugar de intentar controlar personalmente las situaciones.

Reflejar la gloria de Dios mediante el servicio

Segunda de Corintios 2:14-15 presenta a Dios guiando de triunfo en triunfo y manifestando a través de las personas el olor de su conocimiento. La gloria debe centrarse en el conocimiento y entendimiento de Dios.

La renovación personal y la apertura a la transformación divina permiten que una persona refleje a Cristo Jesús en su

vida. El cambio interior se convierte así en una evidencia de que Cristo está realizando una obra en ella.

Aunque diferentes aspectos de la vida puedan experimentar cambios, el fundamento espiritual debe permanecer inalterable. La verdadera excelencia en el servicio al Señor consiste en hacer que la figura de Cristo sea cada vez más visible, mientras que la presencia personal del individuo se vuelve menos visible.